

El legado de 1518

Thriller de misterio

- EXTRACTO -

Diego Marquéz

2026

Copyright © Diego Marquéz

Corner Shop, Camino de Aljambra, 04800 Albox, Almeria,
España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida
la reproducción o el uso de cualquier parte de
este libro sin la autorización expresa y por
escrito del autor.

Publicado en España

Tabla de contenido

Prólogo (Año 1518)..... 3

Las piedras susurrantes del casco antiguo 5

El extraño 11

En el camino hacia Albox..... 16

Prólogo (Año 1518)

La tierra sobre Albox aún no tiembla, pero los animales ya están inquietos. En las profundidades de las bodegas de la fortaleza morisca, en lo alto de la colina, arde una solitaria lámpara de aceite. Yusuf, el maestro de obras morisco, que bajo el dominio de los señores cristianos ahora lleva el nombre de Diego, sabe que el tiempo de los moriscos ha terminado. Están siendo obligados a borrar su fe y su historia.

Con manos temblorosas, pero con la precisión de un maestro, cincela una última inscripción en la piedra angular del archivo secreto. No es un texto morisco; eso sería demasiado peligroso. Utiliza la lengua de los nuevos señores, el latín, disfrazada de bendición cristiana, pero los números y letras esconden un secreto mortal. Susurra las palabras mientras el cincel muerde la piedra:

„Invenietis me in fundamentis oppidi, ubi lapides veteres loquuntur. Lux lunae viam monstrabit, sed caveas ruinam.“ (Me encontraréis en los cimientos de la ciudad, donde las piedras antiguas hablan. La luz de la luna mostrará el camino, pero cuidado con el derrumbe).

Unas horas más tarde, el 9 de noviembre de 1518, el infierno se desata. La tierra se abre, el

castillo cae desplomándose ladera abajo y sepulta a Yusuf y su secreto. Los supervivientes no sospechan nada cuando, semanas después, recogen las piedras caídas de la fortaleza para construir el nuevo Albox en el valle...

Las piedras susurrantes del casco antiguo

El polvo en la planta baja del antiguo y ruinoso cortijo era tan denso que casi se podía cortar con un cuchillo. La vivienda, de siglos de antigüedad, se encontraba en medio del estrecho y empinado laberinto de callejuelas del casco antiguo de Albox, construida directamente sobre la roca desnuda de la colina. En realidad, el edificio solo debía ser vaciado y reformado, pero hacía media hora que los mazos de los obreros se habían detenido.

Habían llamado a Matteo.

Matteo estaba en medio del polvo de cal arremolinado y tosió brevemente mientras se subía las gafas de seguridad a la frente. Los obreros habían derribado un grueso muro interior de carga y, en la zona de los cimientos, habían tropezado con algo que no debería estar allí. En lugar de la habitual mampostería irregular de la región, aparecieron monumentales bloques perfectamente tallados. Eran enormes, majestuosos, y pertenecían sin duda a la antigua fortaleza morisca que se había desplomado de la colina durante el gran terremoto de 1518. Los habitantes originales de Albox simplemente reciclaron los escombros como material de construcción barato para el nuevo pueblo en el

valle. Pero esta piedra de esquina, que ahora yacía al descubierto ante Matteo a la altura de los ojos, era diferente.

Matteo se arrodilló y sacó su fino pincel de restauración del bolsillo. Con movimientos cuidadosos y rutinarios, barrió el polvo de mortero centenario de las profundas ranuras de una inscripción. Aparecieron caracteres gruesos y desgastados.

Matteo entrecerró los ojos. Era artesano y restaurador, no lingüista. El latín definitivamente no estaba entre sus puntos fuertes. Pasó las yemas de los dedos sobre las frías muescas. Sin embargo, debido a su experiencia con textos antiguos de iglesias, un par de palabras le llamaron la atención inmediatamente: pudo descifrar "Lux", que significaba luz. Y justo detrás estaba "lunae", que le hizo pensar inevitablemente en la luna. Luz de la luna. Cuando bajó la mirada, se activaron sus reflejos de artesano. Debajo de las letras había vectores, líneas y ángulos astronómicos tallados geométricamente con exactitud. Eso no era un versículo bíblico cristiano. Era un mensaje cifrado que tenía que ver con una fase lunar muy específica y una iluminación exacta. Pero, ¿la frase latina intermedia? No la entendía. Era un libro con siete sellos.

Un intenso hormigueo se extendió por el estómago de Matteo. Sabía que tenía una pieza de un rompecabezas en sus manos. Y sabía exactamente a quién necesitaba.

Sacó su smartphone, tomó una foto nítida de la piedra y marcó inmediatamente después un número en Granada. En el otro extremo de la línea pasó un tiempo agónico hasta que contestaron. Cuando por fin se estableció la conexión, la voz de Moreno sonaba mate, lánguida y mortalmente aburrida. El viejo historiador estaba atrapado en su apartamento de Granada, apenas podía moverse debido a sus costillas rotas y probablemente se marchitaba de inactividad como una prímula.

—¿Moreno? Soy yo, Matteo.

—¡Matteo! ¡Muchacho! —la voz de Moreno subió un tono al instante—. Dime por favor que tienes trabajo para mí. Si tengo que leer un solo día más estas estúpidas revistas del corazón, saltaré voluntariamente desde las murallas de la Alhambra. ¡Me muero de aburrimiento!

Matteo tuvo que reír involuntariamente. —Tengo más que trabajo para ti, amigo mío. Estoy aquí, en medio del casco antiguo de Albox, en un viejo cortijo. Los obreros han dejado al descubierto un fragmento original del antiguo castillo al derribar un muro.

Al otro lado de la línea, de repente, se escuchó un fuerte crujido. —¿El castillo de 1518? ¿Estás seguro? —presionó Moreno.

—Absolutamente seguro —dijo Matteo, acercándose más al bloque—. Y ahora viene lo mejor: en la piedra de esquina hay una inscripción en latín. Te acabo de enviar una foto. Solo puedo descifrar *Lux y lunae*, algo sobre la luz de la luna. Y debajo hay ángulos astronómicos tallados, Moreno. Es un código.

Durante dos segundos hubo un silencio absoluto en la línea. Matteo solo escuchaba la pesada respiración del historiador mientras este abría la imagen en su teléfono. Luego, de repente, se escuchó un fuerte siseo de dolor.

—Maldita sea... ¡ay! Mis costillas... —Moreno se había levantado demasiado rápido por la emoción. Pero el dolor le importaba poco en ese momento. Su voz temblaba de codicia académica mientras leía el texto de la pantalla y se lo traducía a Matteo como si fuera disparado de una pistola:

—*Invenietis me in fundamentis oppidi, ubi lapides veteres loquuntur...* ¡Matteo! ¡Eso es genial! Significa: "Me encontraréis en los cimientos de la ciudad, donde las piedras antiguas hablan. La luz de la luna mostrará el camino, pero cuidado con el derrumbe".

Matteo contuvo el aliento. Donde las piedras antiguas hablan...

—Matteo, ¿me oyes? —gritó Moreno casi extasiado al teléfono—. ¡Es Yusuf, el maestro de obras morisco! ¡Escondió el archivo del castillo antes del terremoto! ¡Ni se te ocurra tocar la piedra, me conseguiré un transporte de inmediato! ¡Al diablo con los médicos, voy para Albox!

Matteo estaba a punto de responder, pero luego presionó apresuradamente el botón rojo y guardó el teléfono en silencio en el bolsillo del pantalón. En el polvoriento marco de la puerta del cortijo se había perfilado una figura. Un hombre elegante con ropa hecha a medida, que no encajaba en absoluto en una obra sucia, entró, se sacudió una mota de polvo invisible de la solapa y miró a Matteo con una sonrisa inteligente y al acecho.

—Un hallazgo fascinante, ¿no es así? —dijo el extraño con una voz suave, casi demasiado amable.

El extraño

Entró un hombre que encajaba aquí como un Ferrari en un camino de tierra polvoriento.

Llevaba un traje hecho a medida gris oscuro, gemelos inmaculadamente blancos y zapatos de cuero cosidos a mano, que ya estaban cubiertos por una capa mate en el fino polvo de cal de la estancia. Parecía tener unos cincuenta años, el cabello gris en las sienes y perfectamente peinado, los ojos detrás de unas gafas elegantes, fríos y analíticos. Se sacudió una mota de polvo invisible de la solapa y miró a Matteo con una sonrisa inteligente y al acecho.

—Un hallazgo fascinante, ¿no es así? —dijo el extraño con una voz suave, casi demasiado amable.

Matteo lo examinó de pies a cabeza. En Albox, todos se conocían. Era imposible caminar por las estrechas callejuelas sin ser reconocido, y menos aún con ese atuendo. En este pueblo, nadie conocía a este hombre. No era un lugareño, ni un funcionario del ayuntamiento, ni un artesano conocido. Era un completo extraño.

Un escalofrío recorrió la espalda de Matteo incluso antes de que el hombre volviera a abrir la boca. Los obreros habían derribado el muro hacía apenas media hora. El hallazgo era totalmente nuevo. Nadie en el pueblo sabía nada

al respecto. Era un misterio absoluto: ¿Cómo sabía este extraño que tenía que venir exactamente en este momento a esta casa discreta y escondida? ¿Quién le había informado? ¿O acaso había estado vigilando a Matteo?

—¿Y usted es...? —preguntó Matteo, cruzándose de brazos. El restaurador que llevaba dentro había puesto todas sus antenas en modo recepción.

El extraño sonrió con encanto, dio un paso más hacia el muro derribado y le tendió a Matteo una mano que nunca en su vida había sostenido un mazo. —Dr. Vincent Vance. Estoy de paso por la provincia de Almería como tasador independiente para una fundación cultural internacional. Los obreros de fuera me dijeron que aquí habían descubierto algo... inusual.

Tasador independiente. Por supuesto. Y los obreros de fuera seguramente no dijeron nada, ya que apenas hablan una palabra de inglés o español, pensó Matteo. Su intuición hizo sonar una alarma. El hombre mentía más que hablaba.

—Aquí solo hay bloques de construcción viejos —se negó Matteo, colocándose discretamente delante del fragmento de latín—. Nada que pudiera interesar a una fundación internacional. Solo material reciclado de los alrededores.

El Dr. Vance inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado. Su sonrisa permaneció fija, pero sus ojos se entrecerraron mientras intentaba ver detrás de Matteo.

—Oh, no sea tan modesto, señor... —esperó brevemente, pero cuando Matteo no dijo su nombre, Vance siguió hablando sin más—. Un hombre con su reputación ve inmediatamente que esto no es piedra caliza común. Mire solo el fino acabado de la superficie. Es la mejor arenisca de las canteras de la región, tallada exactamente con aparejo morisco. Esto —señaló con un gesto vago de la mano hacia el borde de la rotura— es un auténtico fragmento de esquina de la antigua muralla de la fortaleza. Probablemente del flanco noroeste. Derribado en noviembre de 1518 durante el gran terremoto.

Matteo arqueó una ceja. El hombre mentía sobre su identidad, pero tenía un conocimiento experto, real y profundo, y estaba buscando exactamente esa piedra sin perder un segundo.

—Un bonito cuento —respondió Matteo con frialdad—. Pero como puede ver, la piedra sostiene el techo. Se quedará donde está, y mañana se seguirá enluciendo aquí de forma normal.

Vance se rió suavemente, un ruido seco y casi silencioso. Se acercó tanto a Matteo que este

pudo oler el caro perfume del suizo.

—Sería una vergüenza infinita enterrar un fragmento con tanta historia simplemente bajo cemento barato —susurró Vance. Miró a Matteo directamente a los ojos. En esa mirada ya no había nada encantador, sino la desnuda y calculadora frialdad de un depredador—. A veces, estas piedras antiguas contienen... mensajes que quieren ser leídos bajo la luz adecuada. ¿No le parece?

Mientras Vance hablaba, la cabeza de Matteo daba vueltas. El rompecabezas encajaba con una lógica aterradora y banal. Vance no era un fantasma, no tenía habilidades clarividentes. La verdad era mucho más simple y encajaba perfectamente en un lugar pequeño como Albox.

Los obreros habían encontrado la piedra hacía unos treinta minutos. Antes de llamar a Matteo, seguramente había pasado algo más: uno de los hombres había sacado su smartphone. Una foto rápida por WhatsApp al elegante caballero extranjero que llevaba días sentado en el café de la Plaza San Francisco, repartiendo propinas generosamente y haciendo preguntas casuales sobre hallazgos antiguos y muros históricos. Un trabajador había oído el dinero rápido e informado a Vance de inmediato.

Vance estaba de todos modos en la ciudad. Y

como Albox no es grande, se tarda apenas cinco minutos a pie desde la Plaza San Francisco hasta las estrechas callejuelas del casco antiguo. Había aprovechado la ventaja con frialdad. Probablemente ya había estudiado la foto de la inscripción en la pantalla de su móvil mientras Matteo aún estaba en el coche.

Matteo sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Este hombre no solo era inteligente, ya tenía sus tentáculos profundamente extendidos por el pueblo y controlaba a los lugareños sin que estos sospecharan el malvado juego que había detrás.

En el camino hacia Albox

Mientras tanto, Raffael Moreno había encontrado a alguien que lo llevaba a Albox a cambio de un buen pago.

—¡Conduce despacio, muchacho! —gritó cuando pasaron por un profundo bache—. ¡Mis costillas no están nada contentas con eso!

—Sí, sí —recibió como respuesta monosilábica.

Era un joven del barrio, Enrico, que no tenía nada que hacer y se alegraba por unos cuantos euros que podía ganar de paso. —Dijiste que querías ir a Albox lo más rápido posible.

—Sí —gimió Raffael, sosteniéndose el costado con una mueca de dolor—. ¡Pero quería llegar a Albox, no al infierno o a alguna nube como un ángel tocando el arpa!

Enrico levantó visiblemente el pie del acelerador e intentó de ahí en adelante evitar los peores baches.

—¿Ves? —gimió Raffael de nuevo cuando el coche se deslizó con algo más de suavidad sobre el asfalto—. Se puede. Sí que puedes conducir con sensatez.

Eran casi dos horas de viaje desde Granada hasta Albox. Espero que Matteo no haga nada imprudente mientras tanto, pensó Moreno

preocupado. La impaciencia le atormentaba más que el dolor físico. Sacó el móvil del bolsillo, buscó el número de Matteo en las últimas llamadas y pulsó el botón de rellamada.

Solo pasaron dos tonos antes de que Matteo contestara.

—Escúchame —se lanzó Moreno al cuello, incluso antes de que su amigo pudiera decir hola—. No debes cambiar absolutamente nada en la piedra, ¿me has entendido? Estoy en camino, ¡así que más te vale esperarme!

—Sí, está bien —respondió Matteo al otro lado de la línea, pero su voz sonaba apagada e inusualmente inquieta—. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Ha aparecido un extranjero que se cree muy importante.

Moreno se puso alerta al instante. —¿Un extranjero? ¿Qué clase de extranjero? ¿Cómo se llama?

—Dice que viene de Suiza y se presenta como el Dr. Vance.

—¿Vance? —preguntó Raffael atónito. Un escalofrío le recorrió la espalda—. ¿Estás seguro? ¿Parece de unos cincuenta años, pelo gris, traje hecho a medida y tan pulcro como la muñeca favorita de la abuela?

—Exactamente ese —respondió Matteo

sorprendido—. ¿Cómo lo sabes...?

—¡Voy para allá! —gritó Moreno al teléfono—.
¡Retenlo, Matteo! ¡No dejes que se acerque a la
piedra!

Colgó, se giró y le dio un golpe a Enrico en el
hombro con tanta fuerza que él mismo jadeó.

—¡Olvida mis costillas, muchacho! ¡Pisa el
acelerador! ¡Tenemos mucha prisa!